

tica del *alumbradismo* (*iluminados o dejados*), así como las influencias externas del *espiritualismo erasmiano* o el *luteranismo*. Fijando los criterios oportunos de discernimiento.

Otra observación general importante: el autor quiere destacar el sentido de totalidad en el estudio de la mística, más que el de individualidad. Es decir, pretende insertar los autores y obras particulares dentro del marco general de las corrientes y enfoques místicos o espirituales (que delinea con mano maestra).

No es una obra polémica (en el intrincado y variopinto campo de la espiritualidad española de esta época), sino que trata de exponer la realidad tal y como el autor la percibe, sin preocupaciones apologéticas particulares (p. 467).

Otro gran acierto de enfoque: unir el estudio de la mística española y americana, ya que en esta época América y España se confundían (eran la Corona española).

Si pasamos ahora a analizar la estructura del libro, diremos que se distinguen dos grandes partes: a) el estudio de la mística en sí misma (caps. 2 a 6); y b) la mística en su *envoltura* (como el autor lo llama), es decir, en la historia y la cultura de la época (caps. 8 a 14): es un estudio genético o evolutivo de la mística en nuestro país (nacimiento, desarrollo, cima y ocaso).

Previamente (cap. 1) ha dilucidado una cuestión fundamental: ¿qué es la mística, cuya historia se pretende hacer? La respuesta que propone el autor, en síntesis, es ésta: la experiencia de Dios en el hombre al que se entrega por amor, y la respuesta positiva del hombre a esa acción divina, también por amor, lo cual lleva a la transformación interior de todo el hombre por esa acción divina en él (pp. 4-12).

Como enlace entre ambas partes de la obra nos encontramos con un interesantísimo capítulo (el 7) en donde se nos proporciona

un catálogo de mil doscientas obras místicas, por orden cronológico, desde el despertar de la mística del *recogimiento* en España (1485) hasta el año 1750. Aquí se pueden observar las oscilaciones y vaivenes del fenómeno místico según sus producciones literarias (en cantidad y cualidad).

Los capítulos más destacados, en nuestra opinión, son el nueve, especialmente el estudio que se hace de la mística del «*recogimiento*» (pp. 234-257). Los capítulos diez y once: *La crisis (1525-1560)*, donde destaca de modo particular el análisis del *alumbradismo* y *erasmismo* (pp. 274-292). Y unido a lo anterior: *Procesos de clarificación 91530-1570*). Los *protagonistas*. Por último el capítulo doce, lo que el autor llama *La cima (1560-1600)*, en el que se exponen a los grandes místicos españoles de la época (Sta. Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, etc.).

En suma, una obra científica de gran calado que, sin duda alguna, hace aportaciones fundamentales para la historiografía del Siglo de Oro español. Habrá de ser punto de referencia obligado a partir de ahora en su campo. Como el propio prof. Melquiades Andrés me manifestó en reciente conversación, con acento satisfecho: «Es la obra de madurez de mi vida». Hay que felicitarle por ello.

J. Belda Plans

Rioldando AZZI, *História do pensamento católico no Brasil*, I. *A cristandade colonial: um projeto autoritário*, Edições Paulinas, São Paulo 1987, 236 pp. II. *A crise da cristandade e o projeto liberal*, Edições Paulinas, São Paulo 1991, 254 pp. III. *O Altar unido ao Trono. Um projeto conservador*, Edições Paulinas, São Paulo 1992, 195 pp. IV. *O Estado leigo e o projeto ultramontano*, Paulus, São Paulo 1994, 140 pp.

Esta historia del pensamiento católico en el Brasil constará —cuando se complete— de

seis volúmenes. Cuatro de ellos han visto ya la luz: en ellos recorre el autor la época colonial (vol. I), contempla el advenimiento de la época de las revoluciones (vol. II), sobrevuela seguidamente el asendereado siglo XIX indicando referencias consabidas a la atención del lector (vol. III), y toca en fin las décadas iniciales de la presente centuria (vol. IV). Los dos últimos volúmenes —según se anuncia— estudiarán el pensamiento católico brasileño a lo largo de los últimos setenta años: una nueva alianza entre la Iglesia y el Estado —se nos dice en la contraportada— origina, por la década de los cuarenta, un «régimen de neocristiandad» en cuyo ámbito germinan aperturismos liberales e inspiraciones de reformismo social. La «opción por los pobres» sintetiza en conclusión el significado de la hora presente en la pastoral de Brasil.

Del pensamiento brasileño se han ocupado desde mediados del presente siglo autores como Silvio Romero, Cruz Costa, L. Washington Vita, Antônio Paim, Henrique de Lima Vaz, Paulo Mercadante: esa preocupación por identificar cuanto de propio y de impermutable existe en el solar natal es signo de personalidad, tanto más cuando se pretende escrutar la elevada esfera en que se despliega el pensamiento.

Es cierto, sin embargo, que la tarea no es fácil: todos los pueblos piensan, viven experimentando su existir, asimilando gradualmente niveles de cultura. Y eso, habida cuenta de los errores históricos, que son cuota pagada indispensablemente a la limitación humana. Por eso la historia conoce también regresiones: cada pueblo es sujeto —por qué negarlo— de sus pecados capitales, alberga demonios, padece tentaciones gruesas o sutiles. Y así, todas las historias de los pueblos desarrollan luces y sombras: hazañas concluidas mediante valores y contravalores en inevitable unidad. En definitiva toda experiencia real en este mundo sublunar tiene algo de decepcionante.

Por eso, cuando se contempla el desarrollo de la filosofía y de la ciencia en un pueblo no se obtiene el mismo fruto que cuando se intenta reflejar la carta universal del pensamiento de una sociedad abarcando el abigarrado panorama de las diversas elaboraciones mentales. En el primer caso se consigue una historia de las aportaciones que enriquecen el caudal determinante del saber, médula de una sociedad. En el segundo se logra una historia de los fenómenos del pensamiento y de la expresión de ideas —también extraordinariamente instructiva—, que brinda un rico material para interpretar el talante y la idiosincrasia de un pueblo. Un caso y otro —sin embargo— son intentos específicamente diversos: si bien —y de ello no cabe duda alguna— ambos intentos son competencia del historiador.

La obra que ahora se reseña va inspirada —a mi entender— por un intento próximo a la segunda especie indicada. Significa una meritoria aportación a la historia de las mentalidades. No sé si este intento —que lleva consigo una atención preferente a producciones literarias de rango secundario o casi popular— ha sido explícito en el proyecto del autor: tal vez se trate tan sólo de una opción implícita, que da luego su fruto en abundantes páginas dedicadas a ilustres mediocridades, que nunca tendrían cabida en un elenco de próceres del pensamiento: «Para establecer esta relación entre pensamiento y orden social, ha sido necesario hacer una selección de textos y de autores, privilegiando aquellos que se referían al tema más directamente. —Este tipo de enfoque, a su vez, ha permitido la utilización de fuentes y bibliografías generalmente consideradas secundarias en los estudios de filosofía, pero que aquí cobran relevancia y resalte» (I, p. 13). Esta preferencia metodológica parece en sí misma legítima, a condición de no excederse extrayendo o sugiriendo conclusiones que superan el valor y la extensión de las premisas aducidas.

Riolando Azzi, profesor del Instituto Brasileiro de Desenvolvimento (Rio Janeiro), intenta un «análisis del pensamiento brasileño» (I, p. 8). El intento tiene sus límites insoslayables: «he querido evitar —dice— que el énfasis puesto en la importancia del pensamiento brasileño pudiese dar la impresión de que éste constituye un mundo aparte. En el período colonial sobre todo, el pensamiento brasileño está frecuentemente imbuido de las propias concepciones lusitanas. Por esta razón he procurado resaltar mucho el influjo del pensamiento portugués durante los primeros siglos de la colonia. Ahora bien, siempre que ha sido posible he procurado mostrar cómo el contenido del pensamiento europeo era filtrado y en ocasiones reinterpretado por aquellos que elaboraban el pensamiento brasileño» (I, p. 8).

En efecto, el profesor Azzi tiene la preocupación de subrayar la presencia de una subjetividad brasileña que no sólo recibe, sino que elabora lo recibido: «creo que es necesario analizar nuestra dependencia del pensamiento europeo en forma dialéctica: sin dejar de reconocer su influencia, a veces predominante, verificar también las reacciones brasileñas ante ella. Esta reacción se manifiesta o bien reforzando algunos aspectos de las matrices occidentales, o bien rechazando otros o incluso re-creando nuevas articulaciones a partir de esos presupuestos» (ibidem).

El autor pretende acotar su estudio en un ámbito seleccionado. Parece excluir de entrada la conocida vena del pensamiento tradicional —que sin duda alguna ha tenido presencia relevante también en el Brasil—. Lo hace así, porque opina que esa tradición «más allá de los presupuestos religiosos de la fe, se articula también a partir de categorías filosóficas heredadas de la tradición griega». Prescinde de lo griego en cuanto griego, y con ello también de lo medieval, por supuestamente ajeno a lo propio y genuino brasileño. Se ve que el autor va buscando la puri-

dad autóctona del pensar brasileño: por decirlo así, se interesa por el pensamiento brasileño en el ámbito de los escritores católicos, más que por el pensamiento católico en cuanto tal: «el pensamiento católico —dice— puede ser analizado convenientemente en cuanto constituye una interpretación racional de la vida y del mundo, prescindiendo de sus fundamentos dogmáticos» (I, p. 9). Y de este modo, la «interpretación racional de la vida y del mundo» —tal como se expresa en variadas obras de autores católicos— viene a constituir el objeto formal del presente estudio, excluyendo el propósito de valorar con criterio dogmático o teológico las afirmaciones que se citan. En sus páginas se prescinde de valoraciones en torno a la cuestión de fe. Por encima de todo juicio de ortodoxia o heterodoxia, lo que importa es cuanto han dicho los pensadores a lo largo de los siglos. La obra, pues, «se limita simplemente al análisis del pensamiento católico en cuanto articulador de determinadas concepciones del mundo que pasan a orientar la vida de aquellos que directa o indirectamente son influidos por la acción de la institución eclesiástica» (ibidem).

Azzi mantiene a lo largo de todo su trabajo una distinción nada sutil. Por un lado está el pensamiento católico «oficial» —que parece coincidir con lo que habitualmente se entiende como doctrinas de fe proclamadas por el Magisterio—. Por otro lado están las variaciones del pensamiento personal de los que se profesan católicos: es ésta, precisamente, la historia del pensamiento que Riolando Azzi pretende investigar, con especial atención a los contrastes dialécticos que se derivan de la diversidad de opciones doctrinales enfrentadas entre sí o, incluso, en contraste con la «doctrina oficial» del Magisterio. «El pensamiento católico en sus vinculaciones políticas, éticas y sociales, es mucho más dinámico de lo que puede parecer a primera vista, evolucionando generalmente de acuerdo

con los períodos históricos. —Las mudanzas de las circunstancias históricas, ya de naturaleza política, ya de naturaleza cultural o socioeconómica, obligan con frecuencia a los pensadores católicos a revisar sus antiguas posiciones y a interpretar las verdades religiosas a la luz de las nuevas exigencias de los tiempos. Cada época presenta nuevos problemas al pensamiento católico, tanto en la perspectiva teológica como en la ética, y esas cuestiones exigen reformulaciones, adaptaciones e incluso indicaciones de nuevos rumbos. De esa manera se evita un desfase total entre las teorías de la institución eclesiástica y los rumbos asumidos por la sociedad en su evolución histórica» (I, pp. 10-11). Estamos evidentemente ante una actitud ideológica, que el autor, por lo demás, está muy lejos de ocultar: «dentro de ese horizonte específico —dice—, me coloco bien próximo a la perspectiva de Gramsci, quien dedica numerosas páginas al estudio de la religión católica, en cuanto formadora de la cosmovisión popular» (I, p. 10).

A la luz de este *a priori* epistemológico, la labor hermenéutica de Azzi se decanta hacia conclusiones nada fáciles de compartir —sobre todo cuando se presentan con tanta firmeza y sin las necesarias matizaciones—. Compensa mostrar algunos ejemplos. Para el autor es verdad incuestionable que el proyecto colonizador portugués, pese a su envoltura religiosa, «tenía como meta prioritaria la implantación de un orden político, económico y social pautado sobre criterios racionales de dominación racial y cultural de los habitantes de Europa occidental cristiana». Pues bien, habida cuenta de esto, y de la necesidad de una ideología de apoyo que la institución eclesiástica se encargó de brindar, los agentes principales de esta colonización mental fueron los jesuitas: «Dentro de la perspectiva gramsciana, los jesuitas podrían ser considerados como los intelectuales orgánicos del proyecto colonial católico de la Corona lusitana» (I, p. 228).

Asimismo, el relieve histórico del grupo de clérigos que a finales del XVIII se adhieren activamente al liberalismo participando en conspiraciones y movimientos revolucionarios se enfatiza por dos razones: «En primer lugar porque representa la ruptura con la tradición nitidamente conservadora que atraviesa toda la historia del pensamiento brasileño... En segundo lugar, porque esos clérigos se desvinculan por primera vez de la tradicional posición de soporte del orden colonial mantenida por la Iglesia, ruptura difícil, puesto que implicaba dificultades, no sólo con el poder político de la Corona, sino también con la doctrina y la práctica de la propia jerarquía eclesiástica» (II, p. 241).

Se percibe una evidente afición a constituir en paradigma las actitudes políticas del clero. Las relaciones internas en el seno del clero parecen reducidas al juego de oposiciones recíprocas, a antagonismos de acción y reacción: «Mientras parte significativa del clero se sentía solidaria con las aspiraciones del pueblo brasileño, expresadas a través de la pequeña burguesía en formación, la jerarquía católica continuaba solidaria con el régimen monárquico, como se mantuvo durante todo el período colonial» (III, pp. 185-186).

Diríase que Azzi no logra desprenderse de una interpretación pastoral, cuya eficacia parece en todo caso derivarse del control de poder: «Cuando a partir de los años 20, la República liberal mostró con más evidencia su flaqueza, la jerarquía católica percibió con claridad que había llegado el momento de una alianza más sólida con las corrientes conservadoras y autoritarias del país, a fin de detener los avances reformistas más radicales y recuperar, al mismo tiempo, su área de influencia en el poder del Estado» (IV, p. 135).

Los ejemplos mostrados bastan para captar el latido de la obra que se reseña, la cual, más que como tratado meramente histórico, se lleva a término como una labor de ensayo. En efecto, alienta a lo largo de todas sus

páginas un talante opcional expresado sobre la pauta de una eclesiología libertadora. La obra tiene el indudable mérito de una denuncia que deja al descubierto aspectos poco tratados o, al menos no puestos de resalte, por la historiografía habitual. Ahora bien, la intención hermenéutica de Azzi resulta quizás demasiado global, si se tiene en cuenta que los datos objetivos que aduce se limitan a un área seleccionada de pensadores. Por lo demás, el autor no accede a datos de primera mano, sino que trabaja sobre elementos ya ofrecidos por publicaciones recientes. Personalmente considero un acierto la interpretación del profesor Azzi al ver la historia brasileña como un decurrir desde la implantación de una sociedad de «christianitas» hasta una sociedad pluralista, a través de los diversos azares históricos que —primero— cuartejan y —luego— desplazan definitivamente los planteamientos de la inculturación colonial. Ahora bien, la interpretación de la cristiandad brasileña —si se busca una interpretación histórica «stricto sensu»— es tarea que exige el establecimiento del panorama completo de los datos objetivos y una valoración contrastada de las fuentes. Sobre esa carta de navegación será posible una hermenéutica de rango definitivo. De otro modo, estamós en el terreno del ensayo: lo cual parece en sí mismo meritorio por cuanto tiene de labor roturadora, que estimula y abre caminos a la capacidad de intuición.

E. de la Lama

José Oscar BEOZZO, *A Igreja do Brasil. De João XXIII a João Paulo II. De Medellín a Santo Domingo*, Vozes, Petrópolis 1994, 342 pp.

Irmão NERY (Israel José Nery), *Como vi e vivi Santo Domingo. Um Diário*, Vozes, Petrópolis 1993, 86 pp.

Javier GARCÍA, *Santo Domingo en marcha. Una Iglesia en estado de Nueva Evangelización*, CELAM

(«Colección de Autores», 9), Santafé de Bogotá 1994, 274 pp.

Estos tres libros, aunque muy distintos por sus pretensiones, reúnen algunas características comunes. El primero, del que es autor el Prof. José Oscar Beozzo, presidente del CEHILA y docente en la Facultad de Teología de Nossa Senhora da Assunção (en São Paulo), tiene una finalidad no sólo histórica, sino también analítica de los últimos treinta años de la Iglesia en el Brasil. El libro, como se señala en la presentación, reproduce cuatro textos ya publicados entre 1987 y 1992: sobre Juan XXIII y la Iglesia en el Brasil; sobre el pasaje de Medellín a Puebla trata el segundo capítulo; un balance, veinte años después, de los logros de Medellín es el tercer capítulo; una historia reciente sobre las tensiones entre la Santa Sede y la Iglesia en Brasil constituye el tema del cuarto trabajo; y un quinto capítulo, hasta ahora inédito, analizando las dimensiones teológicas más sobresalientes, según el autor, del documento de Santo Domingo. Sin descartar el interés de los primeros cuatro estudios, probablemente ya conocidos por los lectores, nos centraremos sólo en el quinto capítulo, en donde, precisamente, el tema coincide con el segundo libro que aquí comentamos.

En efecto, el opúsculo del hermano Nery (Israel José Nery), miembro del Instituto de los Hermanos de La Salle, constituye un interesante documento, redactado en forma de diario, acerca de la actividad del llamado «Equipo Amerindia» o «Grupo de Asesoría Amerindia», conocido también como «asesoría teológica externa de la Conferencia», pues agrupó a una serie de teólogos y liturgistas que viajaron por propia iniciativa a Santo Domingo, para brindar ayuda a los obispos reunidos en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Aunque no tuvieron acceso a las sesiones, pues no estaban acreditados, consiguieron hacer llegar al pleno al-